

---

Carlos Piña\*

---

## *HISTORIAS DE VIDA y ciencias sociales*

---

### Introducción

Es frecuente que quienes analizan o presentan estudios basados en la técnica denominada “historia de vida”<sup>1</sup> consiguen entre sus apreciaciones introductorias dos antecedentes hoy ya bastante difundidos y compartidos. El primero se trata de una antigua modalidad de investigación que a partir de finales de la década de los sesenta ha conocido un vigoroso y progresivo resurgimiento. El segundo apunta a que bajo tal nombre (historia de vida) se agrupan trabajos académicos y de difusión del más diverso orden, con temas, objetivos y usos muy distintos, por lo que cualquier juicio generalizador resulta frágil.

En efecto, con las historias de vida acontece hoy un fenómeno que no debiera sorprender, ya que ocurre en forma periódica en las ciencias

\* Antropólogo, investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile.

<sup>1</sup> A lo largo del texto se usará indistintamente la noción en plural o singular. Del mismo modo, por ser irrelevante para efectos de lo aquí planteado, se pasará por alto la discusión sobre si las historias de vida son un método, una técnica o un producto. Por último, se asume en este trabajo la diferencia convencional entre “historia de vida” y “relato de vida” o relato autobiográfico. La primera se caracteriza por utilizar una gran variedad de materiales para indagar en la vida de un individuo y construir su biografía (archivos, opiniones de otros, cartas, etc.). El relato de vida, en cambio, corresponde sólo a la versión (oral o escrita) que un individuo da de su propia vida. Es conveniente señalar que aunque una historia de vida puede prescindir de tener entre sus fuentes el relato autobiográfico de la persona que se estudia, las argumentaciones verdaderas en estas páginas se refieren preferentemente a la práctica hoy más frecuente: aquella que tiende a considerar como material medular la versión que de sí mismo otorga el propio sujeto investigado a un entrevistador.

sociales (y, quizá, en toda ciencia). Forma parte de lo que con propiedad podría llamarse “las modas totalizantes”; regularmente surge con fuerza una teoría, método, concepto o incluso un autor que se torna imprescindible para explicar lo que hasta ese momento era un misterio, que apunta con decisión a interrogantes hasta entonces subestimadas y obliga a que muchos temas sean reestudiados bajo la naciente óptica. Este escenario se completa cuando muchas de las actividades académicas, editoriales, criterios de financiamiento y extensión, etc., se reorientan alrededor del novel descubrimiento. Ello sucede con frecuencia y no hay motivo para poner una nota especial de escándalo o asombro. Al parecer es algo propio de cierta dinámica social del mundo académico especializado. Lo preocupante y paradójico es cuando una tendencia de este tipo corre un riesgo serio de sepultar y diluir los méritos del nuevo aporte, precisamente debido a su uso indiscriminado y al exceso de virtudes que se le atribuyen.

Como se ha dicho en el caso de las historias de vida —al igual que con modas de otro tipo—, en verdad lo que ha acontecido es un renacimiento.<sup>2</sup> En los años recientes no hemos presenciado una invención metodológica ni teórica, sino el retorno de una práctica usada por los científicos sociales desde hace bastante tiempo. Los historiadores desarrollaron profusamente la utilización de documentos autobiográficos, aunque de un modo bastante distinto a como se hace en la actualidad. Se trataba, en general, de memorias escritas por personajes famosos ya desaparecidos, las cuales se sometían a procesos de análisis y contrastación para verificar su confiabilidad.<sup>3</sup>

Sin embargo, es en el contexto de la antropología norteamericana donde el método biográfico alcanza mayores niveles de sofisticación y donde se comienza realmente a desarrollar sus potencialidades. En 1920, P. Radin, discípulo de F. Boaz y de J. H. Robinson, publica la primera versión de *The Autobiography of a Winnebago Indian*, con la cual se inaugura un periodo de fértil producción que culminaría en 1942 con el famoso trabajo de L.W. Simmons *Sun Chief, the Autobiography of a Hopi Indian*.<sup>4</sup> Entre ambas publicaciones se agrupan una serie de textos relevantes, entre los que destacan los de W. Dyk y C.

<sup>2</sup> Véase al respecto la “Introducción” que J. Balán escribió al libro (del cual es coautor). *Las historias de vida en ciencias sociales. Teoría y técnica*, Buenos Aires, Ed. Nueva Visión, 1974, pp. 7-16.

<sup>3</sup> Sobre este tema puede revisarse el estudio de L. Gottschalk, “The Historian and the Historical Document”, en L. Gottschalk y otros, *The Use of Personal Documents in History, Anthropology and Sociology*, Nueva York, Social Science Research Council, 1945.

<sup>4</sup> P. Radin, *The Autobiography of a Winnebago Indian*, California, University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, 1920; L. W. Simmons, *Sun Chief, the Autobiography of a Hopi Indian*, New Haven, Yale University Press, 1942.

Ford.<sup>5</sup> Estos documentos biográficos surgían como productos del trabajo de campo y buscaban reconstituir las vivencias, costumbres y valores de culturas que sufrían un fuerte y doloroso proceso de cambio y aniquilación. En este sentido, se trataba de narraciones de vida donde lo estrictamente biográfico resultaba sobresaliente en la medida que daba luces acerca de aspectos desconocidos de los pueblos “primitivos”. Ciertamente existía la intención explícita de conocer las vivencias, concepciones e instituciones desde el punto de vista del indígena, pero también era muy fuerte la aspiración por recuperar y preservar información que corría el riesgo de perderse para siempre.<sup>6</sup>

Sin duda, un hito fundamental en la historia de las historias de vida, lo constituye la Escuela de Chicago y los trabajos que en torno a ella se desarrollaron en las décadas de los veinte y treinta. En particular no se pueden dejar de mencionar los estudios de W. y F. Znaniecki (*Le Paysan Polonais*), C. Shaw (*The Jack-Roller, The Natural History of a Delinquent Career, Brothers in Crime*), E. Sutherland (*The Professional Thief*) y, algo más tarde, las publicaciones de H. Macgill Hughes (*The Fantastic Lodge*) y H. Williamson (*Hustler*).<sup>7</sup> En los orígenes de este notable auge hay que notar la llegada de E. Park a la Universidad de Chicago en 1916, quien a través del departamento de sociología impulsó con decisión el uso de los documentos personales y la tendencia a realizar estudios de caso. Los trabajos arriba señalados y otros<sup>8</sup> tuvieron gran resonancia en el espacio académico de la época, gozaron de mucha popularidad, dieron origen a dinámicos debates y ejercieron una notable influencia durante muchos años. Desde el punto de vista teórico se apoyaban en la sicología social de G. H. Mead, y sus preocupaciones centrales tenían que ver con la constitución de las ciudades modernas, sus dinámicas internas de localización y comunicación, las consecuencias derivadas de los procesos de urbanización e industriali-

<sup>5</sup> W. Dyk, *Son of Old Man Hat*, Nueva York, Harcourt, 1938; C. Ford, *Smoke from their Fires*, New Haven, Yale University Press, 1941.

<sup>6</sup> Para una revisión de lo que ha significado el uso de las historias de vida en antropología, ver los textos de C. Kluckhohn, “The Personal Document in Anthropological Science”, en L. Gottschalk y otros, *op. cit.*, p. 145; y L.L. Langness, *The Life History in Anthropological Science*, Nueva York, Holt, Rinehart, 1965.

<sup>7</sup> W. L. Thomas et F. Znaniecki, *The Polish Peasant in Europa and America*, Nueva York, A. A. Knopf, 2a. edición, vol. 2, 1927, pp. 1931-2244; C. R. Shaw, *The Jack-Roller*, Chicago, The University of Chicago Press, 1930, *The Natural History of a Delinquent Career*, Chicago, The University of Chicago Press, 1931, y *Brothers in Crime*, Chicago, The University of Chicago Press, 1936; C. Conwell y E. H. Sutherland, *The Professional Thief*, Chicago, The University of Chicago Press, 1937; H. MacGill Hughes (ed.), *The Fantastic Lodge*, Boston, Houghton, 1961; H. Williamson, *Hustler*, Nueva York, Garden City, 1965.

<sup>8</sup> L. Wirth, *The Ghetto*, Chicago, 1928; H. W. Zorbaugh, *The Gold Coast and The Slum: a Sociological Study of Chicago's Near North Side*, Chicago, 1929; F. M. Thasher, *The Gang: a Study of 1313 Gangs in Chicago*, Chicago, 1928.

zación, las minorías étnicas, las conductas y percepciones de ciertos actores anómicos y otras realidades.<sup>9</sup>

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial, tanto en sociología como en antropología, los estudios de caso y las historias de vida en particular, decayeron notoriamente. J. F. Marsal sostiene que esta decadencia se debió a que ellas comenzaron a ser juzgadas por tener una aplicación muy limitada, con grandes dificultades para su obtención y de un manejo sumamente complejo.<sup>10</sup> Por su parte, A. Faraday y K. Plummer sostienen que las críticas más usuales en relación con las historias de vida hablan de su poca solidez metodológica y de su ineficiencia práctica.<sup>11</sup> De hecho, las historias de vida fueron vistas durante largos años con escepticismo por tratarse de un género espúreo, de escasa científica, que no parecía satisfacer los requerimientos mínimos de representatividad y validez. Ello no implica que en su periodo de declinación (más o menos entre mediados de la década del cuarenta y mediados de los sesenta) no se haya recurrido a la utilización de biografías; en la práctica se siguieron realizando, pero casi siempre como un instrumento auxiliar y de apoyo, o como un recurso de ejemplificación de ciertas comprobaciones realizadas previamente por los estudios estadísticos y los análisis macrosociales. En definitiva, con la excepción de lo ocurrido en la etnosiquiatría,<sup>12</sup> lo científico, lo objetivo y lo riguroso, fueron sinónimos de aquellos métodos que lograban asegurar la confiabilidad de la información y la representatividad estadística de las muestras.

En cuanto a América Latina, el panorama es más difuso y no es posible trazar una secuencia que comience con un periodo de auge de la técnica, para pasar luego a su abandono y, posteriormente, a su retorno triunfal. Un estudio relativamente reciente afirma que “a introdução do método de história de vida na América Latina é um fenómeno do pós-guerra que tendeu a identificar-se, através das entidades internacionais e pesquisadores que o propuseram, com o tomada de consciência do chamado Terceiro Mundo e do processo de descolonização na nova ordem mundial, isto é, com a necessidade de melhor conhecer os problemas específicos das populações e dos países emergentes”.<sup>13</sup>

<sup>9</sup> Para una revisión y defensa de las historias de vida realizadas en este periodo en Chicago, véase el trabajo de H. Becker, “Biographie et mosaïque scientifique”, en *Actes de la Recherche*, París, Editions de Minuit, junio 1986, No. 62/63, pp. 105-110.

<sup>10</sup> J. F. Marsal, “Historias de vida y ciencias sociales”, en J. Balán y otros, *op. cit.*, pp. 43-63.

<sup>11</sup> A. Faraday y K. Plummer, “Doing Life Histories”, en *The Sociological Review*, Keele, v. 27, No. 4, 1979, pp. 773-798.

<sup>12</sup> Ver, G. Devereux, *Reality and Dream: Psychotherapy of a Plains Indian*, International University Press, Nueva York, 1951; V. Barnouw, “The Phantasy World of a Chippewa Woman”, en *Journal for the Study of Interpersonal Relations*, 1949, No. 22, pp. 67-76.

<sup>13</sup> A. Camargo, L. Hippolito y V. da Rocha L., “Historias de vida na América Latina”, en *BIB*, Río de Janeiro, No. 16, 1983, pp. 5-24.

Con todo, un aspecto que en mayor o menor medida es común a los Estados Unidos, Europa y América Latina, lo constituye —como se afirmó con anterioridad— el que a partir de la década de los sesenta el método de historias de vida experimenta una fuerte revalorización. ¿Por qué este regreso?; ¿estamos sólo frente a una reedición del pasado o sus características y potencialidades son realmente novedosas?; ¿no se está levantando la ilusión de que una técnica se convierta en la panacea que resuelva los viejos dilemas de las ciencias sociales?; ¿estamos frente a una supuesta llave maestra a la que se le atribuye una amplia gama de potencialidades y que impone su predominio para que todo se replantee bajo su enfoque?

Hay que tener presente que algo ya ha ocurrido antes con temas como el Estado, la noción de cultura, la teoría de la Dependencia y otras categorías y elaboraciones teóricas que ejercen un cierto poder hipnótico. Por otra parte, no se trata de preguntas ociosas, ya que su tratamiento dice mucho acerca de cómo los científicos sociales piensan su propia práctica y qué tipo de proyecciones le pronostican.

Es esencial destacar que este proceso va más allá de las historias de vida; su reactualización no se da de modo aislado, sino que se sitúa en un contexto más amplio donde se privilegian aquellos métodos que reciben usualmente el nombre de cualitativos: estudios de caso, testimonios, observación participante, historia oral, temas de la vida cotidiana, subjetividad, etc. No es mi intención realizar aquí un esquema ordenador de tales tendencias ni enumerar los variados factores que concurren para explicar el actual uso intensivo de las historias de vida; los planteamientos insertos en estas páginas tienen como objetivo contribuir al estudio del aspecto de *la especificidad del conocimiento que pueden otorgar las historias de vida y al campo de validez en el que tal conocimiento puede desarrollarse*. Para ello, en primer lugar, se señalan algunos antecedentes y supuestos que explican y caracterizan el actual resurgimiento del uso de las historias de vida; y en segundo lugar se presentan ciertas dificultades, riesgos y limitaciones que posee esta modalidad de investigación.

## 1. La vida individual como objeto de investigación

Al optar por trabajar con historias de vida se toman en cuenta casi automáticamente dos supuestos fundamentales. El primero es que existe algo que merece llamarse “la historia de una vida” lo que significa que una vida puede entenderse en términos de una historia con sentido. El segundo supuesto dice que por algún motivo es importante conocer y considerar

la vida de alguien. Me detendré aquí en el segundo, para, más adelante, retomar el primero.

El por qué la vida de alguien puede ser considerada como importante es una interrogación que, obviamente, da lugar a múltiples respuestas. Ellas serán muy diferentes, por ejemplo, según sea el campo (ético, filosófico, político, económico, etc.) y la época en la cual sea formulada. En el terreno de las ciencias sociales, el que algo sea importante es sinónimo, al menos y por lo general, de aquello que una comunidad científica ha definido como digno y posible de ser estudiado; sólo así se puede convertir en un objeto de investigación legítimo. Se podría afirmar que en las ciencias sociales un “objeto”<sup>14</sup> es reconocido como importante cuando se demuestra que cumple con dos requisitos o condiciones necesarias: ser conocible y ser portador de conocimientos.

Pero, ¿qué significa que algo es “portador de conocimiento”? En realidad *todo* objeto es portador de conocimiento (no, por supuesto, en el sentido de poseer capacidad cognitiva, lo que supone una conciencia que se proyecta a su exterioridad) en la medida que posee alguna característica susceptible de ser transformada —vía el lenguaje— en información interpretable. Desde este punto de vista hay que reconocer que una amiba es tan portadora de conocimiento como una enciclopedia.<sup>15</sup> Por tanto, es preciso añadir que cuando un científico social privilegia o escoge un objeto de estudio, no sólo está reconociendo que ese objeto es posible de ser conocido,<sup>16</sup> y que es portador de conocimiento; sino también que se trata de un conocimiento *relevante*. El ser *portador de conocimiento relevante*, no es una cualidad inherente a cierto tipo de fenómenos o hechos, sino un atributo que un observador otorga porque aprecia en ese objeto ciertas potencialidades que corresponden, o pueden corresponder, a sus preguntas y prioridades, las cuales, a su vez, emergen de una tradición científica específica.

Según K. Kósik,<sup>17</sup> el punto “más esencial” de una indagación científica, es aquél en el cual se prueba la diferencia entre lo relevante y lo secundario, despejándose de este modo lo que debe ser conocido y motiva la investigación, de aquello que puede ser rechazado por ser secundario. Este autor afirma también que una investigación que se dirige

<sup>14</sup> Me refiero a cualquier “objeto” de investigación en sentido genérico; es decir, como un recorte de la realidad que un observador construye de acuerdo a ciertos límites o paréntesis que se desprenden de un método: un grupo social, un hecho público, un producto artístico, una relación económica, una ideología, etcétera.

<sup>15</sup> Ello no oculta el hecho de que el *tipo* de conocimiento que pueden proporcionar es bastante diferente, y no se refiere a equivalencia de cantidad.

<sup>16</sup> Se trata de un criterio fundamental, pero que opera tan automáticamente que muchas veces no se percibe.

<sup>17</sup> K. Kósik, *Dialéctica de lo concreto*, México, Ed. Grijalbo, 1967. Las citas entre comillas corresponden a la página 81.

inmediatamente “a la esencia y deja tras de sí todo lo que es inesencial, como un lastre superfluo, al proceder así, ponen en tela de juicio su propia legitimidad. Se hace pasar por algo que no es”. Se presenta con el rango de una investigación científica pero no cumple el requisito señalado arriba: probar que aquello a lo cual se dirige la mirada es lo esencial y por qué lo es, es decir, demostrar qué es lo que diferencia lo esencial de lo secundario.

Siguiendo el razonamiento aquí propuesto, cuando los científicos sociales califican a un objeto cualquiera como secundario o irrelevante, generalmente quieren decir que a su juicio ese objeto: a) no puede ser conocido; b) su conocimiento no entrega nada nuevo;<sup>18</sup> c) su conocimiento no se relaciona con las preguntas que se intenta responder a través de esa investigación particular. Se aprecia claramente que lo relevante o irrelevante de un objeto de investigación es una característica relativa: relativa a la disciplina de la que se trate, a los objetivos de la investigación, a las posibilidades técnicas de ampliar los conocimientos, a la época y ambiente cultural, etc. En estricto sentido habría que mencionar también otra serie de factores menos racionales y transparentes que condicionan en gran medida el quehacer científico.

Para volver a la pregunta inicial (¿por qué la vida de alguien puede ser considerada como importante?) sugiero que la actual revitalización de las historias de vida corresponden a un cambio de óptica en el mundo de las ciencias sociales, la filosofía y la política, según el cual comienzan a cobrar importancia temas y aspectos de la realidad social que en otro tiempo eran sin más calificados como irrelevantes o secundarios. No se trata de una transformación lineal que tenga una causa directa y única, sino de un proceso bastante complejo en el cual confluyen vertientes teóricas y prácticas investigativas de diversa índole.

En este sentido es significativa la frecuencia con que quienes se dedican a las historias de vida justifican y valoran su opción, abierta o veladamente, expresando una fuerte insatisfacción con las “formas tradicionales de investigación”. En gran parte, esa insatisfacción se traduce en una crítica de carácter metodológico, cuya versión más difundida y simplista es aquella que le reprocha al quehacer científico su dimensión cuantitativa. Sin entrar a analizar el fondo de esta manera de abordar el problema, hay que decir que cuestionar a las metodologías predominan-

<sup>18</sup> De un mismo objeto se pueden extraer conocimientos de muy diversa índole e interpretaciones contradictorias. Un ejemplo interesante está dado por las investigaciones paleontológicas de Cuvier, famoso biólogo antievolucionista del siglo pasado. El registro fósil que él mismo elaboró le sirvió para argumentar en contra de las hipótesis evolucionistas. No obstante, esos mismos antecedentes fueron interpretados para demostrar precisamente lo contrario. Se trata, en el fondo, de enfrentar un mismo objeto con preguntas y conceptos diferentes. Al respecto, véase, M. Ruse, *La revolución darwinista*, Alianza Universidad, Madrid, 1983, cap. I.

tes en términos de una polémica u opción entre lo cualitativo y lo cuantitativo es un camino que no conduce sino a un callejón sin salida. Se trata de una falsa querrela, pues lo que generalmente se entiende por realidad social no posee en sí aspectos cuantitativos o cualitativos, sino diferentes procesos de objetivación, mediante los cuales se le atribuyen determinadas propiedades a un objeto; procesos que son validados en ámbitos de legitimidad específicos que se adecúan al tipo de objeto que se busca conocer y que proceden de acuerdo a normas particulares definidas por un observador al interior de cierto lenguaje.

Si nos alejamos de la estéril y esquemática polémica entre lo cuantitativo y lo cualitativo, es posible apreciar otros argumentos más elaborados y de mayor peso, que reflejan el despliegue de influencias teóricas no tan nuevas y que anteceden a la discusión sobre las bondades o defectos de una técnica en particular. Según J. Balán: “la causa subyacente al renovado interés por las historias de vida es una revalorización de algunos objetos teóricos y objetivos prácticos, revalorización que es parte de un cambio significativo en las ciencias sociales contemporáneas”. Después de señalar que según muchas opiniones las ciencias sociales, al menos en los Estados Unidos, a partir de la Segunda Guerra Mundial, se habrían desarrollado “en forma unilateral hacia la adopción de las ciencias naturales como modelo, hacia la cuantificación y formalización matemáticas”, afirma que a su juicio tal perspectiva es parcial: “al mismo tiempo que todo esto ocurre, en la década de los años sesenta y como continuación de tendencias ya visibles en décadas anteriores existe un renacimiento de lo que, a falta de mejor término, llamaría una ciencia social humanística. Es decir, se da una cosa y paralelamente (o entrecruzadamente) la otra”.<sup>19</sup>

Como ejemplos norteamericanos de “orientaciones humanísticas” en las ciencias sociales contemporáneas, este autor menciona, entre otros: a) “El notorio renacimiento del interés por el interaccionismo simbólico al estilo de G. H. Mead”; b) “su convergencia con algunas ramificaciones del movimiento fenomenológico en ciencias sociales, en especial la llamada etnometodología”; c) “un renovado interés en enfoques macrosociológicos, históricos y comparativos, que produce un debilitamiento de los límites arbitrarios entre disciplinas y se basa en formas de razonamiento totalmente alejadas del modelo experimental”; d) “una reformulación del campo de la sociología del conocimiento en general (Berger y Luckmann), sociología de la ciencia y en especial sociología de la sociología (Gouldner, Friedrichs)”, etcétera.

A pesar de lo poco feliz del término “orientaciones humanísticas”, este parcial listado da una idea acerca de lo variado y complejo que sería un “mapa” que ilustrara las influencias a las que responde, como se

<sup>19</sup> J. Balán, *op. cit.*, pp. 9-10.

ha dicho, no sólo el interés por las historias de vida, sino también por otras prácticas de investigación y temas como los mencionados en páginas anteriores. Frente a la obligación de hacer un resumen, habría que decir que la preocupación de estos últimos años por las historias de vida se fundamenta, desde el punto de vista metodológico, en una serie de postulados (antiguos y nuevos) que tienden a cuestionar los principios básicos del programa neo-positivista. En particular aquellos que afirman que:

- Es necesario y factible que en el estudio de los acontecimientos de carácter social se apliquen determinadas reglas derivadas de la unidad del método científico. Ello implica que la lógica de investigación es universal y que los objetivos de toda actividad de conocimientos son idénticos.
- El modelo por el que se rigen las ciencias sociales debe ser tomado del de las naturales: desde el punto de vista epistemológico se considera a la sociedad como equivalente a la naturaleza, por lo que es preciso descubrir sus leyes naturales y perennes.
- El objetivo fundamental de todo conocimiento científico, entonces, será descubrir esas leyes y establecer generalizaciones universales; esto es, llegar a formular proposiciones de carácter nomotético.
- En concordancia con lo anterior, se supone que el conocimiento va progresando de manera continua y acumulativa. Si se observa a la sociedad de manera neutral y objetiva, las generalizaciones empíricas pueden derivar en la comprobación de determinadas hipótesis parciales que permitirán descubrir las aludidas leyes, que se manifiestan como estructuras de pensamiento permanentes.
- En síntesis, toda investigación científica posee siempre idénticos objetivos: explicar y predecir. Esta postura supone, entre otras cosas, una división natural y tajante entre el observador y el objeto observado.
- La relación entre teoría y práctica es técnica; lo óptimo es la no involucración del observador con lo observado. La ciencia no permite fundar valores.
- Por último, la característica central del conocimiento científico es su “testabilidad”: puede ser corroborado o falsificado por observaciones particulares obtenidas inductivamente.

Algunos cuestionamientos a estos principios pueden encontrarse tanto en la tradición marxista como en la weberiana, en teóricos de la sociología del conocimiento, lingüística, etc. Un elemento compartido de estas críticas apunta a destacar la particularidad del objeto de estudio de las

ciencias sociales. En palabras de H. Gadamer: “el verdadero problema que plantean las ciencias del espíritu al pensamiento es que su esencia no queda correctamente aprehendida si se la mide según el patrón del conocimiento progresivo de leyes. La experiencia del mundo sociohistórico no se eleva a ciencia por el procedimiento inductivo de las ciencias naturales. Signifique aquí ciencia lo que signifique, y aunque en todo conocimiento histórico esté implicada la aplicación de la experiencia general al objeto de investigación en cada caso, el conocimiento histórico no obstante no busca ni pretende tomar el fenómeno concreto como caso de una regla general”.<sup>20</sup> Por otra parte, también se argumenta en favor de la posibilidad de las ciencias sociales de generar un conocimiento “desde dentro”, y en el hecho de que con una postura de corte naturalista no se logra dar cuenta de las significaciones sociales, que son constitutivas de la realidad social. Desde este punto de vista, se concibe la acción social como orientada por sentidos elaborados intersubjetivamente que a la vez constituyen expectativas grupales de comportamiento específico.

Por supuesto no estoy afirmando que quienes utilizan técnicas como las historias de vida comparten, necesariamente, estas consideraciones y se oponen a una concepción de las ciencias sociales de corte positivista. De hecho, como herramienta de investigación, las historias de vida pueden ser utilizadas al interior de diferentes tradiciones metodológicas. Lo que afirmo es que el desarrollo y la influencia de estas ideas (y las que más adelante se especificarán) explica, en alguna medida, su actual auge y enfoque.

Cuando se asume —muchas veces sin hacerlo explícito— que la historia de una vida es importante se llama también la atención respecto de la gran distancia existente entre los estudios sobre las estructuras sociales, económicas, políticas e ideológicas y la vida concreta de los individuos, su transcurrir diario, su intimidad subjetiva. En palabras de N. Lechner: “La profesión de sociólogo —en su tradición racionalista decimonónica— presupone una sociedad transparente. Pretende despejar las tinieblas, trabajando en el desencantamiento del mundo: elaborando estadísticas, diagramando mapas de correlaciones de fuerza, auscultando discursos y encuestas. Sin embargo, no captamos ‘la vida’ sino donde ya está racionalizada y formalizada. Duplicamos la cosificación de las relaciones sociales, colaborando en el férreo autocontrol que hemos ido imponiendo a nuestra creatividad. De ahí proviene un sentimiento de frustración que surge de la concepción misma que nos hacemos de lo científico. Identificamos lo científico con lo objetivo y pretendemos asegurar la objetividad mediante el método. Pero cuando más formaliza-

<sup>20</sup> H. Gadamer, *Verdad y método*, Salamanca, Ed. Sígueme, 1977, pp. 32-33.

da es nuestra investigación, tanto más yerra su objeto; no capta el proceso social sino 'cosa en sí' ".<sup>21</sup>

La atención puesta en las historias de vida expresa el interés por rescatar y comprender aquellas dimensiones sociales que los análisis de carácter macro necesariamente dejan fuera, puesto que privilegian el conocimiento de las estructuras y del contexto por encima del de sus actores, los cuales se convierten así en meros tributarios o portadores de aquellos. Más aún, tras el actual impulso de las historias de vida subyace de igual modo un rechazo a la concepción del análisis social que otorgándole importancia a los actores, define como relevantes (estudiables) sólo a aquéllos que expresan principios de acción colectiva, que poseen un discurso relativamente articulado sobre la sociedad y su transformación, que de algún modo buscan participar en la pugna entre diferentes proyectos sociales, etc. En definitiva, bajo tal óptica el actor *anónimo* es despreciado recargándose la investigación en los sujetos colectivos que encuentran en el espacio público su sentido y legitimación (sindicatos, partidos, élites empresariales e intelectuales, movimientos campesinos y estudiantiles, etcétera).

En contraposición con esta perspectiva, un principio básico que parecen compartir quienes gustan de realizar o considerar a las historias de vida, es la valoración que se le da al actor anónimo; cada vez hay mayor resistencia a verlo diluido en las estructuras o en la historia. Y ello no por razones éticas (aunque hay quienes las manifiestan), sino por el convencimiento de que los actores relevantes para el análisis social y cultural (en última instancia, para entender por qué una sociedad es de determinada manera, cómo ha llegado a construir un cierto orden, un cierto tipo de conflictos, mediante qué mecanismos son constantemente reproducidos y modificados) son todos aquéllos a partir de los cuales es posible construir explicaciones, elaborar interpretaciones o encontrar información.

En otras palabras, lo que se afirma es que el actor anónimo es portador de conocimiento relevante, aunque aún queda por explicar cuál es la especificidad del conocimiento que otorgan las historias de vida (punto que se abordará más adelante). Al interior de este contexto es usual que los actuales defensores de las historias de vida aspiren a que ellas no se limiten a ejemplificar "en carne y hueso" aquellas hipótesis, diagnósticos o teorías ya comprobadas previamente por la investigación macrosocial; desean verlas más formando parte de un "método de conocimiento" que de un "método de exposición".

Por supuesto, no todas las historias de vida tienen como protagonistas a sujetos anónimos o desconocidos por la gran historia. Como se

21 N. Lechner, *Vida cotidiana y ámbito público en Chile*, Santiago, FLACSO, 1980, p. 1.

sabe, la historiografía clásica utilizó en gran medida el género biográfico aplicado al *héroe*: aquel personaje que por su particular ubicación o papel en las estructuras de poder, representaba una época o, supuestamente, explicaba una transformación.<sup>22</sup> Mucho se ha escrito y criticado sobre la concepción de los hechos sociales subyacentes en esta práctica, y es difícil encontrar hoy quien discuta que es la historia (en tanto sucesión de hechos producidos por grupos sociales) la que inventa a los sabios, a los reyes, a los héroes, y no viceversa. Aunque mucho queda por agregar respecto a los niveles relativos de autonomía con que opera esta proposición en cada periodo y lugar, no es del caso extenderse aquí en tales argumentaciones. Sólo es necesario, para lo que sigue, recordar que en la actualidad la tendencia más generalizada es dar un espacio relevante a la vida de quienes no hacen noticia, los que no dirigen ejércitos ni gobiernan países, quienes no han realizado ningún descubrimiento fundacional y no son referentes ideológicos de ninguna élite ni clase social.

Esta fascinación por la vida de personas, más que de personajes, cataliza la ambición por penetrar en los circuitos donde cristaliza, se construye y reconstruye la cultura. En efecto, con las historias de vida, antropólogos y sociólogos intentan volver la mirada hacia el fundamento del orden social: el terreno del sentido común, donde nacen y mueren las significaciones y representaciones compartidas. La importancia del sujeto anónimo, entonces, no radica en su excepcionalidad, sino en la *particularidad de su normalidad*. Se volverá sobre este punto más adelante.

Al igual que en el desarrollo de la novela (aunque bastante más tardíamente), en la ciencia social se puede apreciar una trayectoria desde el héroe como protagonista, hasta el sujeto anónimo, al ser cuya interioridad y punto de vista se daba por conocido o banal, al sujeto que está privado de la palabra, quien era concebido sólo como puente por donde transita la historia. En el campo literario, *Madame Bovary* es realmente la primera novela moderna, no sólo por sus innovaciones en técnica narrativa (tales como el estilo indirecto libre, el monólogo interior), sino por introducir por primera vez al antihéroe. Si bien en las novelas de Balzac están presentes con generosidad personajes que representan todos los estratos de la burguesía, ellos siguen poseyendo el carácter propio de la narración romántica: son admirables o execrables. Con Flaubert, en cambio, se consagra la mediocridad y lo gris como tema; con él comienza a inquietar el fantasma del *sin sentido*, de las vidas cotidianas donde el vacío sólo puede ser alejado por la fantasía y la pasión.<sup>23</sup> En

<sup>22</sup> Hoy en día es frecuente la realización de historias de vida en personas que pertenecen o representan a grupos de élite. Este tipo de estudio queda al margen de lo aquí planteado. Véase por ejemplo, J.W. Wilkie, "Elitelore", en J. Balán *et. al.*, *op. cit.*, pp. 93-151.

<sup>23</sup> Ver, M. Vargas Llosa, *La orgía perpetua*, Barcelona, Ed. Seix Barral, 1975, Cap. III, p. 246.

las ciencias sociales la irrupción del sujeto anónimo también refleja un recorrido que va desde lo público hasta lo privado, de la razón a la irracionalidad, de lo transparente a lo ambiguo.

El héroe siempre es público; vive *en* los otros; la existencia de los demás es lo que permite y garantiza su esencia; casi no tiene interioridad y, en cualquier caso, no se define por ella sino en tanto se manifiesta en correspondencia con su exterioridad. El héroe se realiza en la escena pública por medio de su excepcionalidad, la que expresa la materialización de valores ideales y encarna un estereotipo, es decir, canaliza significados unívocos.<sup>24</sup> El héroe siempre es razonable: es la expresión de la lógica social llevada al límite; aunque su conducta pueda verse ocasionalmente como irracional, en definitiva, en algún nivel, ella se revela como coherente con un esquema de causalidad dado exteriormente. El héroe siempre es transparente: su coherencia no admite zonas oscuras o ambivalentes, su vida inevitablemente *cumple* un camino, se le permite tener conflictos de opción, no de convicción. Por otra parte —aunque él mismo no lo sepa— se es héroe desde la cuna hasta la tumba: un héroe no se crea en el transcurso de la existencia, se proyecta a ella.

El abandono de esta concepción es un vasto fenómeno cultural que, en el campo de la novela, implica la irrupción del sujeto anónimo como personaje que quiebra la racionalidad y transparencia del héroe; se delinea un protagonista cuya vida interior muestra contradicciones e incoherencias, absurdos y fracasos, con una conducta que no está siempre en armonía con su entorno, con motivaciones que no se desprenden de valores superiores, con una acción que no es la concreción continua y lógica de un plan trazado con claridad anticipatoria. En el terreno de las ciencias sociales y la política, se comienza a reconocer que la identidad de los actores sociales no se construye con base a un principio rector único de carácter heroico que los define de una vez y para siempre. La muerte del héroe es también la decadencia de la idea del progreso en las sociedades, la renuncia a suponer causas únicas que explican la historia, y la negación a separar drásticamente lo público de lo privado. Esto último no se refiere sólo a la incorporación al debate y al conocimiento compartido de los temas y vivencias tradicionalmente reducidos a la intimidad de lo privado. Más allá del hecho de que la esfera pública se vea enriquecida porque se le añadan elementos, de lo que se trata es de la conversión de lo privado *en* público y viceversa. Es decir, se pone en duda la solidez de las fronteras que separan lo perteneciente al interés personal del interés general y se advierte la estrecha relación que encadena a ambos espacios extrayéndose las consecuencias de ello. Ya no

<sup>24</sup> Se habla de héroe no en sentido valórico positivo, sino en relación a cualquier personaje que representa caracteres trascendentes e incompatibles con sus contrarios.

es posible la indiferencia mutua entre ambos mundos: el detergente que se usa en el hogar tiene que ver con el deterioro de la cadena ecológica en la que se sustenta el bienestar de todos; la dominación ya no es un fenómeno lejano que sólo tiene que ver con los procesos de producción, sus cimientos se encuentran también en la definición de los roles sexuales al interior de la familia, etc. Así, se va creando un lazo de identidad y responsabilidad entre lo propio y lo ajeno.

¿Qué tiene que ver todo esto con las historias de vida? Sostengo que el que la vida de una persona sea considerada como importante, tiene que ver con estos procesos e ideas, ya que en ellos se privilegia y reconoce la centralidad del sujeto anónimo para el conocimiento e interpretación de la sociedad. Y a pesar de lo que pareciera a primera vista, lo anterior también es válido para los otros dos sujetos predilectos de las historias de vida: el *testigo* y el *desviado*. Aunque en ambos casos se trata de vidas en algún sentido excepcionales (en algún sentido *toda* vida es excepcional), cada una de ellas está referida más a otras que a sí mismas; su justificación radica en cuánto es lo que pueden decir, a través de su particularidad, acerca de su semejante anónimo. En el caso del testigo (y su producto obvio: el testimonio) se busca rescatar por boca de uno cierto trozo de la historia callada y sepultada de los oprimidos, de los silenciados, se aspira a reconstruir el punto de vista de los no hegemónicos.

En el caso del desviado, muchas veces la motivación que subyace a su exploración consiste en su contrario: la normalidad. Me explico: al estudiar a quien llega a violar gravemente las pautas convencionales (el delincuente, el vagabundo, el suicida), se espera poder conocer más acerca de los mecanismos y cimientos del orden. La trasgresión revela, en parte al menos, la naturaleza de lo transgredido; la exclusión (o autoexclusión) da cuenta de lo que ha quedado tras las fronteras morales de lo habitual. Si se examinan con detalle las investigaciones sobre sujetos anómicos y marginales, se podrá apreciar que sus biografías se hacen para satisfacer una inquietud por el origen, por evidenciar a esa sociedad que, al producirlos o permitirlos, se desnuda en su verdadera esencia. Un ejemplo: sólo con la violación del tabú del incesto, y su posterior sanción, es que nos damos cuenta que existen ciertas alianzas permitidas y otras prohibidas.

Estas consideraciones, aunque sólo justifiquen a nivel de intención la preocupación por el sujeto anónimo, son útiles porque enmarcan y tornan inteligibles algunas de las características principales de las historias de vida, tales como su carácter más descriptivo que analítico, el que en ellas se indague más en el hombre que en su circunstancia, el que sean más particulares que genéricas.

## 2. Limitaciones y campo de validez

En páginas anteriores se afirmó que el primer supuesto inherente a la práctica de historias de vida, es que efectivamente existe algo susceptible de ser así nombrado. El sentido común y el lenguaje cotidiano respaldan esta creencia y, a primera vista, nada parecería más razonable y legítimo que considerar cada vida individual como una historia, es decir, como una sucesión de eventos que expresan un recorrido, una secuencia de encadenamientos con sentido. A continuación abordaré los aspectos más cuestionables de esta suposición, y algunas consecuencias y problemas que de ella se derivan para la definición de la especificidad y uso de las historias de vida en ciencias sociales. Asimismo, se retomarán algunos puntos que en el camino han quedado enunciados.

Se da aquí por establecida la existencia de sujetos individuales, y también se considera evidente que tales sujetos viven un cierto periodo de tiempo. No es tan claro, en cambio, que tales vidas puedan ser entendidas en términos de una historia, ni tampoco que el producto denominado “historia de vida” las refleje o represente. Según P. Bourdieu:

Hablar de historia de vida es suponer, nada menos, que la vida es una historia y que como el título del libro de Maupassant *Una vida*, una vida es la suma de los acontecimientos de una existencia individual concebida como una historia así como el relato de esa historia. Resulta acertado lo que afirma el sentido común, el lenguaje sencillo, que describe la vida como un camino, una ruta, una carrera, con sus encrucijadas (Hércules entre el vicio y la virtud), sus trampas, sus emboscadas (Jules Romains habla de las emboscadas sucesivas, de pruebas, de exámenes), o como un caminante, es decir, como un camino que se hace mientras se camina, como un trayecto, un devenir, un *cursus*, un viaje, un recorrido orientado, un desplazamiento lineal, unidireccional (la movilidad), que implica un comienzo (un principio de vida) de las etapas y un fin en un doble sentido: de término y de finalidad (se hará el camino, se triunfará en él, se hará una bella carrera) un fin de la historia. Esto implica aceptar tácitamente la filosofía de la historia en el sentido de la sucesión de los acontecimientos históricos, *Geschichte*, en una filosofía histórica en el sentido de relato histórico, de *Historia*, en suma, con una teoría del relato del historiador o el novelista, con sus relaciones invisibles y sobre todo de su biografía o autobiografía.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> P. Bourdieu, “L’illusion biographique”, en *Actes*, *op. cit.*, p. 69.

El considerar que una vida puede ser planteada en términos de una historia, implica concebirla como un todo, como una unidad coherente y orientada, como la materialización de un proyecto con sentido. Por lo general, las historias de vida presentan una serie de hechos que, organizados *a posteriori*, cronológica y lógicamente, dan forma a una temporalidad lineal internamente unida por una relación de continuidad entre una serie de sucesos que son, sucesiva y simultáneamente, causa y efecto. No es en modo alguno gratuita esta pretensión de que la vida constituya una entidad delimitada biológicamente pero dotada de sentido. No sólo el sentido común y el lenguaje cotidiano la avalan,<sup>26</sup> sino que corresponde a toda una filosofía de la existencia propia de nuestra cultura.

P. Bourdieu llama la atención de que la ruptura de la concepción de la novela como narración lineal coincide con el cuestionamiento de la filosofía de la existencia que piensa la vida como dotada de sentido. Al respecto cita a Alain Robbe-Grillet, según el cual:

El advenimiento de la novela moderna está íntimamente ligado con este descubrimiento; lo real es discontinuo, está formado de elementos yuxtapuestos sin causas unívocas, más difíciles de aprehender en cuanto que ellos han surgido de modo imprevisto, fuera de propósito, azarosamente.<sup>27</sup>

En realidad, nunca se esta frente a *la vida* de una persona, ni mucho menos frente a *la historia de una vida*, lo que es imposible a no ser que se reconozca que tales expresiones tienen valor sólo en un sentido figurado (no textual). En tal caso es indispensable aclarar a qué se refiere específicamente tal figuración. Para tales efectos es útil continuar con algunas analogías y oposiciones entre la novela y las historias de vida.

Existen importantes semejanzas que inducen a homologar las historias de vida, su lectura y análisis, con la novela. De partida —a pesar de las múltiples variaciones en cuanto a lenguaje, técnica, estructura, tema, etc.—, lo que toda novela hace en última instancia es contar la vida de personas. No quiero expresar en ningún caso que toda novela *se reduzca* o pueda ser reducida a eso, sino que esa es su materia prima, el material ineludible a partir del cual es posible edificar una obra particular, única, irreductible a cualquier otra, a pesar de que comparta con todas un sustrato elemental: la vida de personas. Pero además de que las historias de vida y la novela tienen en común ese cimiento básico, existen entre ambas otras semejanzas no despreciables: la perspectiva claramente

<sup>26</sup> Algo nos dicen al respecto frases como: “su vida fue marcada por. . .”, “desde pequeño demostró. . .”, “su anhelo de siempre fue. . .”, etcétera.

<sup>27</sup> A. Robbe-Grillet, *Le miroir qui revient*, París, Éditions de Minuit, 1984, p. 208.

subjetiva, la narración (muchas veces) en primera persona, el componente dramático y de tensión, sus descripciones que apelan a la sensibilidad, entre otras.

En el terreno de las oposiciones es posible también realizar un contundente inventario. En efecto, en la novela —y en toda creación de ficción de carácter cerrado— cada personaje no tiene más vida que la que aparece en la narración; nada más puede saberse de ellos, pues no tienen más pasado ni futuro que los que el texto revela: nada existe fuera de él. Las fronteras de una tela marcan el límite más allá del cual todo es indiferente, intercambiable e insignificante. La escritura, lo que el signo relata, insinúa, explora o ignora, es el campo de su totalidad comprensiva; el texto nunca oculta, ya que la palabra narrada es el universo absoluto. Incluso en la novela policial deductiva cuya trama gira alrededor de un enigma o misterio que debe ser solucionado, es requisito que la clave de la resolución debe estar contenida en el texto mismo, no es legítimo apelar a elementos externos al relato para su clasificación.<sup>28</sup> Ninguna narración literaria puede apoyarse en lo que está fuera de ella para fundar su comprensión, desarrollo o consistencia; aunque sí se precisa que texto y lector compartan un mínimo universo cultural.<sup>29</sup>

El “historiador de vidas”, en cambio, siempre e irremediamente está frente a fragmentos (de una naturaleza particular, como se verá más adelante), siendo infinitamente más lo que se le escapa, lo que ignora, que lo que puede llegar a conocer. Quienes se dedican a esta especialidad, muchas veces sienten y caen en la tentación de soñar que la elaboración de una historia de vida en verdad encierra o refleja lo<sup>o</sup> que ha sido esa vida. Lo más usual es que el investigador posea una serie de materiales que pueden ser del más diverso orden (cartas, archivos judiciales, diarios personales, relatos y opiniones de otras personas), los cuales proporcionan muy diferentes tipos de información sobre un sujeto, materiales con grados de objetividad variables, pero que se parecen en algo: todos, de un modo u otro, hablan de alguien. Por lo común, en la actualidad la fuente más importante y utilizada es el relato que el propio sujeto

<sup>28</sup> El ejercicio que realizan crítico y lector distinto es; su lectura incluye constantemente comparaciones entre el relato y sus experiencias, entre el relato y la realidad que los rodea, entre el relato y sus opiniones, etcétera.

<sup>29</sup> Se podrá argumentar que olvido una diferencia fundamental entre la novela y la historia de vida: que la primera es un producto artístico de ficción; es decir, que aunque inventa un objeto con base en materiales de la realidad, en definitiva es fruto de la imaginación. En cambio la segunda es el resultado de una actividad científica de conocimiento; es decir, que busca explorar y explicar la realidad y para ello la objetividad es un requisito. Me parece que se trata de una diferencia real, pero especialmente válida en el plano de la *modalidad de trabajo*, ya que en el fondo ambas prácticas comparten una finalidad de conocimiento y una dosis de invención de un objeto, aunque se realizan en ámbitos de objetivación diferentes. En este sentido, la objetividad científica no es sinónimo de verdad absoluta sino de coherencia metodológica, a través de la cual se debe garantizar el empleo de ciertas normas de verificación intersubjetiva.

hace de sí mismo,<sup>30</sup> y que entrega a un entrevistador en una o varias situaciones de entrevista; este relato es realizado siempre y necesariamente desde *un* tiempo presente.

En rigor, por más rico que sea el material recogido, la vida de una persona no sólo es irrecuperable, sino también irreproducible. Y ello es válido, en primer lugar, para el propio sujeto de cuya vida se trate. Es así porque a diferencia de lo que ocurre con el personaje de una novela la vida de una persona no está definida por límites y contenidos precisos. Ciertamente es posible fijar su fecha de nacimiento y muerte, pero también sabemos que su existencia social comienza antes del parto y no acaba en el momento de su fallecimiento. Podemos conocer si habitó tal o cual lugar, cuáles fueron sus actividades laborales, la composición de su familia, etc. No obstante, una detallada cronología de hechos y un exhaustivo inventario de acciones, no constituyen la vida de una persona; ella encierra una fuente inagotable de datos y dimensiones, que supera con mucho cualquier intento de reconstrucción. Con esto se alude, por una parte, a un problema de *cantidad* de información (por llamar de algún modo al contenido de una historia de vida); por otra, al de su *irrecuperabilidad* (el que la información perdida para siempre, sea superior a la conocida); y, por último, se alude al hecho de que gran parte de lo que un sujeto es capaz de decir sobre sí mismo tiene más que ver con su actual *caudal interpretativo* que con una reconstrucción de circunstancias y costumbres.

Se podrá criticar que nadie espera que una historia de vida sea equivalente a la totalidad de eventos y facetas que componen la vida de una persona, sino que bajo tal nombre se agrupa cierta información específica sobre un sujeto, que representa lo más importante de su vida. Hay que admitir que ello es así; sin embargo, lo valioso de esta aclaración radica en su consecuencia evidente: aceptarla implica reconocer que toda indagación sobre la vida de alguien es *focalizada*, es decir, parcial, y esa parcialidad es definida por un interés de conocimiento. Dicho de otro modo: es necesario e inevitable que la elaboración de una historia de vida se centre en algunos aspectos y deje de lado otros. De este modo la focalidad es, a la vez, una limitación y un requisito. Como limitación nos recuerda que es preciso perder la ilusión sobre la posibilidad de conocer y reproducir una vida particular; como requisito nos explicita que todo intento de abordar la vida de alguien debe responder a objetivos específicos de conocimiento, esto es, debe formar parte de un diseño de investigación.

Ahora bien, con base a estas proposiciones es oportuno avanzar en

<sup>30</sup> Ver nota 1.

estas páginas finales en torno a las preguntas sobre la naturaleza o especificidad del conocimiento que, a mi juicio, pueden otorgar las historias de vida, sus condiciones de generación y el campo de validez en el cual tal conocimiento puede desarrollarse.

Parafraseando a H. Broch, puede afirmarse que “descubrir lo que sólo una historia de vida puede descubrir es la única razón de ser de las historias de vida”.<sup>31</sup> En otras palabras, la justificación de tal modalidad de investigación radica en el conocimiento que sólo ella puede aportar mejor que ninguna otra técnica. ¿Cuál es ese conocimiento?, ¿qué es lo que se le puede pedir a las historias de vida y esperar de ellas?

Sin ánimo de legislar sobre la materia, propongo que se trata de una herramienta privilegiada para dar cuenta de las categorías significativas y procesos clasificatorios con los que determinados sujetos piensan, organizan y representan su propia identidad. Su campo de validez, por tanto, se sitúa en el terreno de la construcción e interpretación de imágenes con sentido. Pero no de cualquier tipo de imágenes, sino de aquellas que hablan de su pasado y del sentido de su existencia. Independientemente de si este tipo de conocimientos puede también servir sólo como apoyo o complemento a investigaciones que pretenden otros objetivos, estimo que la importancia de conocer las claves mediante las que alguien crea y consume una(s) imagen(es) de sí mismo, reside en que a través de ellas es posible aproximarse a las intersecciones entre estructura e individualidad, entre cultura y personalidad. En efecto, la pregunta por la historia de una vida es la pregunta por la particularidad de una persona, aquello que la diferencia de todas las demás y la hace irreductible a cualquier otra. En esa particularidad se hacen evidentes los límites de la libertad individual; lo que en la jerga sartreana se llamaría la ampliación del “campo de los posibles”.

Cuando un investigador social trabaja con historias de vida, la primera y verdadera naturaleza del material que posee, podría llamarse una heterogénea hermenéutica; es decir, un tupido mosaico de interpretaciones que él, a su vez, quiere y debe interpretar. Reitero: en relación al relato del propio sujeto no se está frente a una mera descripción o recuento de hechos, sino frente al desarrollo de un discurso de alguien que apela a muy diferentes tipos de enunciados para pensarse a sí mismo *frente a otro*, para construir, fijar y justificar cierta identidad particular. La preocupación por la diferencia o individualidad en el relato coincide con la composición interna del mismo. “Las comparaciones o contrastes aparecen, sin forzar el material, como elementos constitutivos de la historia

<sup>31</sup> “Descubrir lo que solamente una novela puede descubrir es la única razón de ser de la novela”. Citado por M. Kundera, “Si la novela nos abandona”, en *Debats* No. 15, Valencia, marzo 1986, p. 62.

de vida: es a partir de ellos, elementos de construcción de la identidad personal o de la imagen de sí, que se establece una relación dialéctica dentro del discurso a través de dos ejes: la oposición entre sí mismo y los otros, por un lado, y la oposición entre momentos o situaciones vivenciales diferenciados de su propia historia, por otro. La historia de vida y, a partir de ella, la reafirmación de una identidad personal, se logran entonces por dos juegos de elementos: me identifico en las contradicciones y oposiciones entre distintos momentos de mi propia historia".<sup>32</sup> La tarea interpretativa del investigador debe estar orientada hacia la búsqueda de esas claves que en algún nivel rescatan la coherencia del relato, pero sin ocultar ni subestimar sus contradicciones, vacíos y ambigüedades.

Es algo de crucial importancia el que todo ello sea generado en una situación específica (o varias): la entrevista. El desarrollo y características de esa situación influyen sobremanera en el perfil del producto final, ya que se trata de un complejo proceso de interacción en el transcurso del cual se genera cada historia de vida. En este proceso, los dos sujetos involucrados representan papeles aparentemente complementarios (uno pregunta, el otro responde; uno escucha, el otro habla), pero plagados de equívocos latentes y tensiones potenciales. Por supuesto, la gama de tipos de entrevista que pueden darse es amplia, pero muchos de quienes han participado en ellas suelen reconocer que, más allá de las declaraciones preliminares de intenciones y principios, por lo común se trata de una relación de difícil comienzo, que es vivida como no igualitaria y en la que los dos interlocutores encarnan motivaciones últimas de dudosa coincidencia. El entrevistador acostumbra a desarrollar un sutil (y a veces grosero) ritual de seducción y gratificación hacia el entrevistado; hace esfuerzos por no condicionar su contenido, y, simultáneamente, intenta provocar su espontaneidad y comodidad. Trata de ser neutral, pero duda, pues sabe que debe ganarse la confianza de su interlocutor y para ello ve como necesario declararse abiertamente su aliado.

El entrevistado, por su parte, afronta la situación con un alto grado de incertidumbre y desde una posición que se presta a ser sentida como inferior o subordinada. También busca cautivar a su interlocutor y para ello intenta deducir o adivinar los verdaderos propósitos que le pueden explicar el interés por su persona. Se esfuerza por responder en forma "correcta" las preguntas que se le presentan, evita comprometerse e interpreta los gestos, frases y señales del otro como de aprobación o rechazo, como pistas que le ilustran sobre el rumbo que debe tomar. Al

<sup>32</sup> K. de León, *Andar andando. Testimonio de mujeres del sector forestal*, Santiago, Pehuén-CEM, 1986, pp. 14-15.

mismo tiempo, trata de que la imagen que quiere proyectar coincida con la que él supone que su entrevistador desea recibir.

Por supuesto, no se trata de que la relación inevitablemente se desarrolle así, sino de la atmósfera que suele ser especialmente notoria al comienzo del proceso y que varía en intensidad y duración según muchos factores. Algunos de ellos son el tipo de relación personal que se dé entre ambos, las motivaciones del que accede a ser entrevistado, la claridad con que este último percibe los objetivos de la actividad, el ambiente político y social que viven uno y otro, la cercanía y naturalidad en el lenguaje empleado, entre otros. Pareciera que un aspecto especialmente importante está dado por el grado de incertidumbre con que el entrevistado se desenvuelve, lo que depende de la transparencia y precisión con que el entrevistador logre definir la situación y fines de la entrevista.

En cualquier caso, es un hecho que existe una contradicción entre la distancia y la cercanía afectiva de ambos protagonistas entre sí y de cada uno de ellos con el relato. Ambas cosas son necesarias puesto que lo óptimo es que el entrevistado se vincule sentimentalmente de modo muy estrecho con lo que cuenta, se abandone al fluir de sus recuerdos y a las reacciones que ellos le provocan; y para que eso sea posible se debe confiar a quien le escucha. Tal confianza es difícil si su interlocutor se demuestra distante o de una cordialidad sólo formal; pero, si expresa su identificación e involucración, ello puede repercutir en una mejor construcción del relato. En este juego de ardua conciliación entre lejanía y empatía, es frecuente que se consolide el puente de la *complicidad en la atribución de sentido*. Ella consiste en que el entrevistado cae en la tentación —natural y deseable, siempre y cuando no arrastre en ella a su entrevistador— de concebir su vida como una consistente serie de secuencias que, por algún *motivo* (en su acepción literaria) *concebido a partir del presente*, posee relaciones inteligibles y, en su totalidad, constituye o da forma a una historia con principio y fin. En palabras de M. Vargas Llosa: “Las historias son rara vez fieles a aquello que aparentan historiar, por lo menos en un sentido cuantitativo: la palabra, dicha o escrita, es una realidad en sí misma que trastoca aquello que supuestamente transmite, y la memoria es tramposa, selectiva, parcial. Sus vacíos, por lo general deliberados, los rellena la imaginación: no hay historias sin elementos añadidos. Estos no son jamás gratuitos, casuales; se hallan gobernados por esa extraña fuerza que no es la lógica de la razón sino la de la oscura sinrazón. Inventar no es, a menudo, otra cosa que tomarse ciertos desquites contra la vida que nos cuesta vivir, perfeccionándola o envileciéndola de acuerdo a nuestros apetitos o a nuestro rencor; es rehacer la experiencia, rectificar la historia real en la dirección que nuestros

deseos frustrados, nuestros sueños rotos, nuestra alegría o nuestra cólera reclaman”.<sup>33</sup>

En este sentido, cabe decir que la historia de una vida nunca se recopila: siempre se inventa. La inventa el que la cuenta y la reinventa el que la escucha; ambos interpretan. Quien habla de sí mismo construye una(s) imagen(es) que aspira(n) a reflejar su identidad, para *consumirla* él y para que la consuma el otro. Propone una autojustificación, escoge algunos recuerdos y desecha otros, selecciona y olvida. Por demás está decir que todo esto nada tienen que ver con la verdad o la mentira; no se trata de una indagación judicial en la que lo contado deba corresponder a la verdad, porque no es ese el terreno en donde se desenvuelve la situación de entrevista; esta última es una relación social que se da en el campo de las significaciones. En otras palabras, las mentiras y los olvidos “valen” tanto como los recuerdos y las confesiones, en tanto a través de ellos se aspira a construir una imagen, una representación.

Desde el punto de vista del oficio del investigador, una de sus labores consiste en descifrar esa “oscura lógica de la sinrazón”, reinterpretando la interpretación del sujeto. Para ello, en nada le ayuda “crear” o identificarse con el sentido que él le otorga a su existencia, pues ello implica limitarse a reproducirlo, sino que debe entenderlo y ubicarlo como un elemento más que habla de las categorías y criterios de sentido común que componen su caudal interpretativo. Si se asume lo anterior, queda en evidencia lo inadecuado de las operaciones de precisión y ordenamiento que suelen realizarse en el transcurso y posterioridad a la entrevista. Me explico: cuando un sujeto se involucra profundamente en el relato que hace de sí mismo, su discurso no refleja una temporalidad lineal ni temática, por momentos brota a borbotones y en forma desordenada, como un monólogo interior digno de la novela más moderna. Incluso ocurre con frecuencia que le cueste precisar fechas, confunda los “antes” y los “después”, o recurra a explicaciones contradictorias o incoherentes. Sin embargo, es corriente que las constantes interrupciones del entrevistador le quiten fluidez a su relato y le obligen a “ordenar” sus recuerdos. Otra práctica bastante difundida es la “composición” o montaje de la autobiografía, de acuerdo a criterios externos de orden temático o cronológico. Lo que estas modalidades esconden es una cierta subestimación del discurso del sujeto tal y cual surge, en “bruto”; de allí que exista preocupación por evitar los quiebres en la narración, se busque despejar las superposiciones y se insista en la continuidad y el sentido.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> M. Vargas Llosa, *La señorita de Tacna*, Barcelona, Seix Barral, 1981, pp. 10-11.

<sup>34</sup> Es ilustrador al respecto el que E. Crankshaw valore la autobiografía de N. Khrushchev precisamente por provenir de un hombre que, por su avanzada edad y muy deteriorado estado de salud, daba rienda suelta a los terrenos de su pensamiento más inconscientes, no pudiendo ejercer un férreo control sobre su relato. Citado por J. W. Wilkie, *op. cit.*, p. 111.

Por último, digamos algunas palabras en torno a otra práctica relativa a las historias de vida que aquí interesa impugnar: aquélla en la cual el investigador cede a la tentación del sentido, pero a uno exclusivamente externo, volviendo de este modo a la tendencia de edificar héroes. Ello ocurre cuando no se toma el relato del entrevistado como una elaboración de imágenes que es preciso descifrar, sino como un recuento de hechos linealmente dirigidos a los cuales se les atribuye un significado único que se levanta como una característica intrínseca de la vida de esa persona, pero que proviene de fuera del relato y lo torna, en definitiva, innecesario. En muchas —demasiadas— historias de vida (en particular aquéllas realizadas sobre sectores populares en sociedades de clase), lo que se expresa es un romanticismo disfrazado de realismo; esto es, se diluye la particularidad del sujeto en un formalismo valórico coherente, presentado como equivalente a los hechos narrados. De este modo, se da paso a una galería de personajes que hablan de la injusticia social, de las consecuencias de la pobreza, de la toma de conciencia. . . pero no de sí mismos. Aquí no se defiende la idea de que una narración biográfica sea autosuficiente, al contrario, como se ha dicho, su interpretación debe formar parte de una propuesta de investigación que haga explícitos los criterios y procedimientos con que es “leído” cada relato. Lo que se cuestiona, en cambio, es la solidez de textos que en verdad persiguen otros objetivos: la denuncia, la educación, la difusión o ejemplificación edificante. Se está en este caso frente a productos en los que la narración biográfica es un pretexto para exponer contenidos externos a ella. Una característica importante de esta modalidad es la definición valórica de los protagonistas, de modo que su lectura produzca efectos de orientación moral. Sobra decir que tales publicaciones pueden ser absolutamente legítimas, y tal vez hasta necesarias; sin embargo, hay que tener claro que ellas reflejan y hablan más de su autor que de una vida particular.

Además, sobran motivos para poner seriamente en duda el valor y los fundamentos pedagógicos de una difusión editorial que asume la tarea de hacer educación ideológica, que utiliza el relato de vida para describir los problemas de orden social, y que reparte instrucciones acerca de sus causas y consecuencias, como también respecto al camino que lleva a las soluciones. Quienes promueven el uso de historias de vida en esta dirección, suelen estar motivados por generosas ideas sociales, son sensibles a las injusticias que sufre la mayoría y desean impulsar un cambio social profundo. Piensan de modo optimista en tal posibilidad y defienden la postura de que la ciencia social debe trabajar comprometidamente por ese cambio; el aporte del conocimiento lo entienden en un sentido de denuncia, apoyo a los procesos de “toma de conciencia” y difusión

de la “verdad”. Las actividades educativas que se desprenden de esta visión —especialmente las desarrolladas con grupos populares— muchas veces parten del supuesto de un receptor pasivo, infantil e ignorante: explican todo, sus contenidos tienen significados precisos y no dejan escapar oportunidad para extraer alguna enseñanza moral o política. Las historias de vida que se difunden en este contexto suelen estar plagadas de estereotipos y juicios excluyentes; en ellas no hay ambigüedades ni sorpresas: sólo aceptan *una* lectura; los sujetos que se presentan son depurados de toda contradicción, y resultan meros portadores de ideas simplificadas, instrumentos que sirven para ilustrar algunas tesis maniqueístas establecidas antes del relato. Son textos que necesitan un tipo específico de lector: el crédulo y el convencido de antemano de la enseñanza que contiene la narración.

Paradójicamente, una actitud “pedagógica” como la reseñada, torna superfluas a las historias de vida y niega la posibilidad de que texto y lector tengan una relación adulta y libre, en la que este último pueda ser un verdadero interlocutor de la palabra escrita; es decir, tenga la oportunidad de otorgarle significación al relato, interpretándolo y extrayendo las conclusiones y verdades que él estime.